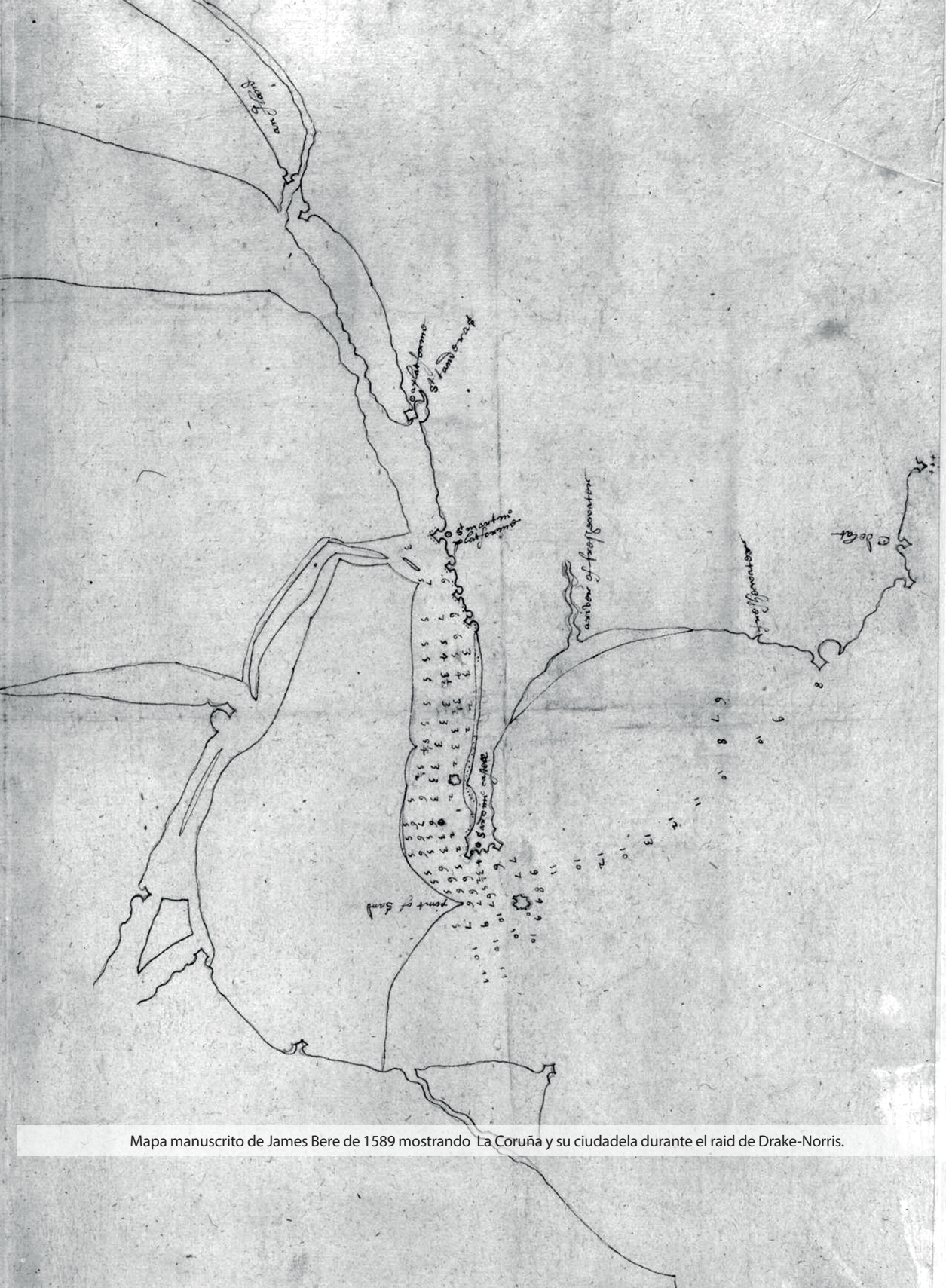
Días de infierno y gloria

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.
@Historia Rei Militaris S.L. 2019
Editor: Lorenzo Pérez Agustín
Publicado por Historia Rei Militaris S.L.
C/ Monasterio de Siresa 28, local. 50002 Zaragoza
http://www.hrmediciones.com/

Autor	Héctor Joaquín Castro Teijido
Ilustrador	José Aguilar García
Maquetador	José Antonio Gutiérrez López
Diseño de portada	José Antonio Gutiérrez López
Correcciones	José I. Pasamar López
Coordinador editorial	José I. Pasamar López

ISBN 978-84-17859-13-8
Depósito Legal Z-1741-2019
Impreso en: PODIPRINT

note that this scale is .2. miles in length, is betweene every mile a quarter of a mile, it floyes in springe tide 13. or 14 foote water, in neppe tide 8. foote water — by James Bere.



Mapa manuscrito de James Bere de 1589 mostrando La Coruña y su ciudadela durante el raid de Drake-Norris.

Días de infierno y gloria

Héctor J. Castro

A mis abuelos Marisa y Andrés

PRÓLOGO

La novela es un maravilloso vehículo para el conocimiento de episodios históricos. Pero, tal vez, por su complejidad, para abordar la historia bélica del siglo XVI es doblemente valioso.

Éste es el caso de *"Días de Infierno y Gloria"* de Héctor J. Castro, la primera novela contemporánea que narra esta prodigiosa aventura, rigurosamente histórica, que sería decisiva para la supervivencia del mayor imperio de la Cristiandad.

La aguerrida mujer María Pita, el capitán Sancho Arratia, el soldado viejo Juan Varela, y otros tantos personajes reales hoy olvidados, junto a una pequeña ciudad del Finisterre peninsular, La Coruña, serán los protagonistas de uno de los episodios más desconocidos de la guerra anglo-española, en la cual se enmarca esta novela. Porque lo que se había considerado durante siglos una valiente acción puntual contra el ataque pirático de Sir Francis Drake, era nada menos que la "Contra Armada", un gigantesco contraataque naval inglés que acabaría en un desastre sin paliativos, silenciado hasta que, en fechas recientes, otro coruñés, el doctor Gorrochategui, consiguió recuperarlo para la posteridad en su brillante ensayo.

Cómo ya ocurría en su anterior obra, la trilogía "*El Siglo de Acero*", *"Días de Infierno y Gloria"* exhibe el gran talento literario de Héctor Castro, autor que no sólo es capaz de desarrollar un argumento trepidante, de resabios revertianos y aroma clásico a Dumas, Sabatini y demás maestros de la "capa

y espada", sino que sabe hacerlo sobre una documentación histórica sólida y rigurosa.

Y es que nos encontramos ante una narración inmersiva y rica en costumbrismos, basada en hechos reales, aunque tan dotados de aventura y pasión que parecen fruto de la elucubración. El autor va enhebrando capítulos en los que la trama se mueve con rapidez entre personas, atmósferas y voluntades, dando forma a un fascinante mosaico de relaciones humanas, ambiciones políticas, desastres navales, dos millones de litros de vino peleón y las intoxicaciones etílicas consiguientes, hogueras en la Torre de Hércules, sangrientas batallas *y* heroicas acciones. Y en medio de todo esto, mil aguerridas mujeres que transforman murallas medievales en gigantescos parapetos para la artillería, y que entran en combate con petos, picas o las espadas de sus maridos muertos, demostrando una valentía sin igual.

En este deslumbrante fresco histórico emerge la singular figura de María Mayor Fernández de la Cámara y Pita, *"María Pita*", mujer "de armas tomar" que se enfrenta al único alférez inglés que logra irrumpir a través de la brecha en la muralla y consigue darle muerte. Cual personaje mítico- pero de una profunda humanidad- Héctor J. Castro personifica en ella el heroísmo de un pueblo que con valentía y sacrificio lucha por su país, su vida y sus sueños. Pero este tesón, además tuvo una enorme trascendencia, porque se imbricó en la cadena de acontecimientos más apasionantes de la Historia de los enfrentamientos navales de la Historia Moderna Europea y contribuiría a asegurar el magno imperio de ultramar.

Si María Pita sería recompensada con el grado de alférez por el mismísimo Felipe II, "*Días de Infierno y Gloria*" es el merecido homenaje literario a ella, así como a todos aquellos soldados anónimos, a hombres y mujeres fuertes y valerosos que lucharon unidos contra el invasor. Y creemos que, junto al lúdico y nada desdeñable placer de la lectura, es más que

probable que esta fascinante historia espolee en el lector la conciencia de que es imperioso recuperar el orgullo por nuestra Historia para las generaciones venideras, tan tristemente huérfanas de héroes.

María Fidalgo Casares

Doctora en Historia del Arte y asesora artística de Augusto Ferrer Dalmau.

1
LA BALADA DEL VIEJO MARINERO

Allí donde brama el viento entre las olas, coronándolas con blancos penachos de espuma, la Torre de Hércules se alza sobre las rocas que rodean la playa en soberbio anfiteatro, dominando la bahía de La Coruña como un centinela de la mar. El rey Alfonso X, al que llamaron *el Sabio*, cuenta en sus crónicas que el legendario héroe griego Hércules, hijo de Zeus, llegó a estas tierras en busca del gigante Gerión, quien reinaba sobre las regiones comprendidas entre el Duero y el Tajo, con el fin de liberar al pueblo sometido a su tiranía. Ambos enfrentáronse en porfiada lucha durante tres días con sus correspondientes noches, al cabo de las cuales Hércules venció al gigante, cortó su cabeza y la enterró junto al mar. Sobre el túmulo construyó una gran torre para conmemorar su victoria, y en las proximidades fundó una ciudad a la que le dio el nombre de Crunia, como recuerdo de la primera mujer que habitó este lugar y de la cual el héroe se había enamorado.

Así lo cuenta el gaitero Malvido, viejo marino y poeta, junto al fuego de la taberna del Ciervo Rojo. Sólo hace falta invitarlo a beber, a manera de tributo, y él afina su voz grave como el rumor de alta mar, tan enemiga del silencio; ya sea para satirizar al abad, trovar cantigas de amoríos o, como es el caso, sacar a la luz antiguas o nuevas historias que flotan en las confusas brumas de su memoria. Una docena de habituales forman su

parroquia. Esa noche, junto a los viejos navegantes y jóvenes calafates, se hallan también dos ricos mercaderes, un hidalgo asturiano y un soldado de la armada, sentados en torno a una mesa repleta de jarras y vasos medio vacíos. Este último es quien ha invitado a la ronda, aunque él no está disfrutando de la bebida. Se limita a escuchar con deleite las historias de Malvido, ensombrecido el rostro por un chambergo del que sale una pluma de faisán, y a pesar de que podría contar bastantes cosas increíbles pero ciertas, nunca habla de sí mismo por gusto o por orgullo. Los demás lo saben y lo respetan, sin importunarlo con preguntas, aunque muchos de los que conocen su reputación pagarían más de una jarra de vino por oír de su boca sus hechos de armas. Los rumores sobre él corren por toda Coruña. Tal vez sean exagerados, o tal vez no. Alguna gente los reafirma y nadie los desmiente. En los puertos pequeños los secretos tampoco duran mucho, y basta que sean secretos para que todo el mundo los conozca.

Este veterano soldado, que ostenta rango de capitán y se llama don Sancho de Arratia, ha llegado a la ciudad a principios de octubre, en un maltrecho buque que formó parte de los restos de la Gran Armada destruida por las tempestades que decidieron aliarse con el taimado inglés, para disgusto de la verdadera religión. Según se dice, y esto lo afirman diversas y fiables fuentes, el capitán Arratia se ganó sus laureles ya años antes, al participar en la gloriosa jornada de Lepanto y la no tan gloriosa campaña contra los moriscos de las Alpujarras, donde demostró, pese a su juventud, mucho brío y un decidido valor. Después, junto al marqués de Santa Cruz, luchó contra los corsarios de Strozzi en las Islas Terceras; y a partir de ahí comenzó su carrera como soldado en los galeones de la carrera de Indias, protegiendo de los piratas el oro del rey. Cuentan, también, que Arratia llegó a tener una relación bastante estrecha con el marqués don Álvaro de Bazán, y le ayudó, en la medida de lo posible, a organizar la empresa de Inglaterra. ¡Cuánto hubieran cambiado las tornas si este insigne marino

y pundonoroso militar no hubiera muerto inesperadamente antes de iniciarse la campaña! Don Álvaro de Bazán tenía el prestigio de ser la estrella con la que se guiaban los demás navegantes de su época: siempre victorioso, jamás derrotado, con sus naves no hubiera podido ni el cruel Neptuno. Incluso Lope de Vega, el Fénix de los Ingenios —quien también estuvo embarcado en la armada—, dedicó un poema al carácter del insigne marqués:

Temióme el fiero turco en Lepanto,
en la Tercera el francés,
y en todo mar el inglés,
tuvieron de verme espanto.
Rey servido y patria honrada
dirán mejor quién he sido
por la cruz de mi apellido
y con la cruz de mi espada.

Y también la pluma del cisne culterano, Luis de Góngora, escribió a Santa Cruz un emotivo epitafio que reza:

No en bronces, que caducan, mortal mano,
Oh católico Sol de los Bazanes
Que ya entre gloriosos capitanes
Eres deidad armada, Marte humano,
Esculpirá tus hechos, sino en vano,
Cuando descubrir quiera tus afanes
Y los bien reportados tafetanes
Del turco, del inglés, del lusitano.
El un mar de tus velas coronado,
De tus remos el otro encanecido,
Tablas serán de cosas tan extrañas.
De la inmortalidad el no cansado
Pincel las logre, y sean tus hazañas
Alma del tiempo, espada del olvido.

Conociendo la noticia de su fallecimiento, y sin poder anular el plan —los preparativos habían costado 11 millones de ducados—, encargóle Felipe II la empresa al duque de Medina Sidonia, un gentilhombre que si bien era buen diplomático, no tenía experiencia alguna de mar ni de guerra. Así la suerte quedó decidida, y el mismo rey, con aquella equivocada decisión, fue quien de antemano cavó la tumba de la más poderosa flota que jamás hubiera cruzado las aguas. El capitán Arratia, sin saber todavía las desdichas que le deparaba la divina Providencia, embarcó a bordo de una de esas 130 naves que componían la escuadra. El 30 de Mayo de 1588, bendecido el estandarte real en la iglesia mayor, partió la *Felicísima* en dirección a Inglaterra. ¡Qué lengua, qué ingenio, qué péñola podría describir el maravilloso espectáculo, de dimensiones bíblicas, que adquiría el poder de aquella máquina en movimiento! Las velas desplegadas, el bosque de mástiles coronados de banderas y gallardetes, las cruces, los cristos, las carrozas doradas, los fanales chispeantes, las cubiertas repletas de valerosos soldados revestidos de reluciente acero. Como el ejército de ángeles vengadores que, bajando del Cielo, desataban en la Tierra el fuego del juicio final. Pero la tramoya era bien distinta. Desde La Coruña, donde la escuadra se detuvo para cargar pólvora y víveres, Medina Sidonia, conocedor de las murmuraciones de marineros y soldados, escribió al rey diciéndole que había malos vientos y que todo estaba en contra; pero éste, impulsado por las afrentas que le había hecho Isabel Tudor, mal informado por sus agentes y aferrado a la creencia de que Inglaterra no había progresado en los últimos años, ignoró las misivas y ordenó el ataque sin más dilación. El segundo Felipe era llamado el *Prudente*, sin embargo, en este caso no lo demostró en absoluto: paradojas del cruel destino.

Los que tuvieron la desgracia de estar allí, y, en parte, la suerte de volver con vida, contaron después los hechos en las tabernas, los mentideros y los hospitales. Todos dijeron prácticamente lo mismo: que Dios abandonó sin razón a los espa-

ñoles, los mejores de sus hijos, los que habían llevado la verdadera fe hasta los confines del mundo, en aquellas traicioneras costas herejes.

El barco en el que Malvido iba como despensero, y Arratia al mando de una compañía de infantes —en tal sazón se conocieron ambos—, se llamaba *Sansón* y era una urca de veinte cañones, con marcas de muchos combates en sus viejas maderas. Era perra bregada, posiblemente demasiado. Tenía más de tres décadas de historia, no obstante, la gobernaba una buena tripulación, con oficiales capaces y diestros marineros, conocedores del oficio. Luchando contra vientos adversos, la escuadra alcanzó el Canal de la Mancha. El cielo estaba cubierto por negros nubarrones que presagiaban tormenta. Ya se veía a los ingleses venir a lo lejos. Las flotas enfrentadas amagaban, se provocaban, sin decidirse. Prodújose al fin un encarnizado combate el 4 de agosto, en el que la capitana inglesa hubo de arriar bandera y salir remolcada; pero Medina-Sidonia no supo sacar ventaja ni ganar la jornada. ¡Cuernos de Satanás! El paisaje era frío, cargado de humedad. Olas gigantes bramaban y rompían contra los costados de las naves, que no conseguían maniobrar. Llegaban órdenes contradictorias, miedo, confusión. Santiguábanse los veteranos, maldecían y volvían a santiguarse, dándole vueltas al rosario que colgaba de sus espadas. Los bisoños, pálidos y mareados, se doblaban sobre sus estómagos, escupiendo las entrañas por la borda o en las mismas tablas cubiertas de arena para que nadie resbalase con la sangre y los vómitos. Comenzaron los primeros disparos, las primeras muertes. Arratia y los miembros de su compañía de arcabuceros eran veteranos del mar, donde guerrear siempre es un infierno; pero al contrario que en Lepanto, esta vez la lucha no se decidió al abordaje y el cuerpo a cuerpo, sino que el inglés, astuto y oportunista como un zorro, esperaba agazapado en sus costas rocosas, salía al ataque aprovechando la mayor velocidad de sus navíos, jugaba la artillería y volvía a desaparecer al favor de todos los vientos.

—¡Venid y luchad! ¡Cobardes! —les gritaban furiosos los españoles, encaramados a las bordas.

La armada tuvo que dirigirse forzosamente a Calais, perseguida por el enemigo. Los relámpagos del airado Júpiter se mezclaban con los fogonazos de los cañones y la granizada de arcabuces, encendiendo el cielo como una gran tempestad apocalíptica, la mayor que ninguno de los presentes hubiese visto. Las rápidas fragatas inglesas cazaban a los navíos rezagados, tratando de abatirlos de uno en uno. Así se perdieron el *San Salvador* y el *Nuestra Señora del Rosario*, ambos capturados. También sucumbieron el galeón *San Felipe* y la galeaza del valeroso caballero don Hugo de Moncada, quien murió atravesado por un tiro de mosquete mientras su nave intentaba abrirse paso entre media docena de barcos ingleses, que se le echaban encima como hienas sobre un macabro festín. Los combates dejaban un espectáculo desolador: tablas astilladas, cubiertas arrasadas y empapadas de sangre que iba en regueros de banda a banda, mástiles rotos, derribados los velámenes encima de los castilletes, pobres desgraciados que habían caído al mar entre los restos de los naufragios y agitaban los brazos desesperadamente, pidiendo ayuda hasta que, agotados y rendidos, se hundían en las profundidades. La visión viva del cataclismo. «¡Cuán distinta hubiera sido la cosa —se lamentaban meses después los soldados, postrados en los catres del hospital con los cuerpos mutilados, los rostros desfigurados por terribles heridas— si el tiempo fuera propicio y, sobre la dócil mar, la Gran Armada hubiere entrado en el Támesis en sólida formación y conseguido desembarcar nuestra infantería en tierra, donde no tenemos rival!»

Por desgracia no ocurrió así. Pese a que había buenos y experimentados marinos como el vasco D. Martínez de Recalde o el también bizarro vizcaíno D. Miguel Oquendo, no se pudo evitar la derrota de la escuadra del rey, que se refugió en la costa francesa. Otros barcos, separados del grupo por la fuerza

de las mareas, subieron hacia el Mar del Norte, tratando de escapar. Entre ellos estaba el maltrecho *Sansón*, cosido a cañonazos; como cuenta Ovidio que las olas, las tempestades y los vientos empujaban de acá para allá el barco de Áyax cuando éste volvía de la guerra de Troya. Pero al contrario que el héroe de la Ilíada, a quien terminaron por tragarse las profundidades, Malvido y el capitán Arratia sobrevivieron. Su Viacrucis no había hecho más que comenzar...

Malvido bebe un trago y carraspea para aclararse la garganta. El capitán Arratia ya se ha ido y el viejo marinero aprovecha para relatar toda la historia, pues la conoce de primera mano. Pero es larga y se queda sin voz. Un trago más y, alzando los ojos claros y acuosos al techo, prosigue:

—La vida a bordo es un infierno hediondo e incierto. Las noches en alta mar son muy oscuras, y rotas las brújulas, perdido el piloto, agujereadas las velas, abandonados los fieles, ¿de qué nos servía rezar?... Yo callaba estos y otros malos pensamientos, sin embargo otros blasfemaban, mordiéndose las manos, preguntándose a quién dirigir sus oraciones. Sé que el mismo Arratia mató de un pistoletazo a un hombre que, enloquecido, se atrevió a maldecir a Dios en la cubierta del barco. En la mar no hay sitio para los que se dan por vencidos. Es el principio y el final de todo. Lo más cerca que un hombre puede estar de la ira divina es cuando se mete al mar y siente su fuerza devastadora, imposible de controlar. El viento y la lluvia habían extraviado las naves, pero algunas, poco a poco, se fueron encontrando. El *Sansón* juntóse al *Gran Grifón*, urca insignia que llevaba a bordo al capitán de la escuadra Juan Gómez de Medina, quien, como Arratia, pretendía doblar la extremidad de la Escocia para volver a casa. Se reunieron ambos capitanes en la cámara del *Grifón*, vaciando una botella mientras lamentaban su suerte, sin explicarse tamaño desastre. Al día siguiente navegamos juntos hasta las costas de Irlanda, donde otro temporal volvió a separarnos. ¡Nosotros habíamos sido envia-

dos para luchar contra hombres, no contra los elementos! No se podía hacer nada. Con todo, como hidalgos cumplíamos, pues no había lugar a resignarse. El *Sansón*, achicando el agua que inundaba por mil agujeros las bodegas y sentinas, embarrancó en algún punto occidental de la verde Irlanda, país de bárbaras leyendas que hablan de temidos guerreros de cabelleras color naranja, como señalados por un signo infernal. Sólo quedábamos cien hombres de los doscientos sesenta que habíamos embarcado. No había día en el que no se enterrase a alguien. Durante seis semanas estuvimos, como suele decirse, con la hostia en la boca, el Cristo en las manos y la muerte en los ojos, asentados en las ruinas de un torreón negruzco que dominaba la playa. Allí tuvimos que defendernos de saqueadores, de bandidos e incluso de tropas inglesas; aunque también contamos con la ayuda de algunos habitantes de las islas, pescadores católicos, sobre todo, que nos alimentaron con lo poco que tenían y nos refirieron las noticias que traían los correos. La escuadra española había sido atacada con brulotes incendiarios, esos *Mecheros del Infierno*, en Calais y Gravelinas; y a pesar de que los ingleses no consiguieron derrotar ni deshacer nuestra armada, habían logrado algo más decisivo, pues Alejandro Farnesio no había podido embarcar a sus tropas de Flandes por culpa de los retrasos, lo que propició que el enemigo dominara el Canal. Ahora sí. Todo estaba perdido. La costa se encontraba sembrada con los cadáveres que devolvía el agua, y entre las rocas de los acantilados, cada día se descubrían los restos de algún barco hundido. Supimos entonces que nadie vendría a buscarnos. Todos rezábamos, día y noche. ¿Es ésta tu voluntad, Señor? ¿Por qué nos has abandonado? Nadie lo entendía. Nuestros ojos miraban hacia mar adentro con añoranza de puertos amigos, mujeres, manjares y un digno lecho donde reposar la osamenta. Pronto se acabaron los víveres. Llegaba el frío y las lluvias de otoño, se anegaban los campos y no había alimento.

—¿Es verdad que algunos hombres tuvieron que comerse los cadáveres de sus propios camaradas? —pregunta con miedo uno de los mercaderes.

El gaitero Malvido hace una pausa y da un trago largo, después se seca la boca con el dorso de una mano morena y nudosa.

—No lo sé con seguridad. Pero ¿quién podría culparles? Sólo quién no ha sentido alguna vez ese hambre, ese temor a morir tan lejos de casa, sin óleos ni sacramentos, enterrado en una tumba sin nombre. Nos creíamos perdidos sin remedio. Bronzino, un artillero genovés del *Sansón*, que antes de aventurero había sido lego en los franciscanos, recogió limosnas de todos los soldados para misas dedicadas a la Virgen del Socorro; pero una noche se emborrachó con un odre de vino que llevaba escondido y, jugándose el dinero con unos irlandeses, lo perdió todo. A la mañana siguiente, al enterarse de lo ocurrido, algunos de la tripulación lo quisieron acuchillar, pero Arratia se enfrentó a ellos y lo impidió. Nadie sabe por qué. Crecía el odio entre nosotros; se formaban bandos; parecía que terminaríamos matándonos unos a otros, furiosos y enloquecidos, como aquella malograda expedición de los marañones, que otro día os contaré. Entonces un milagro, el único después de tantas calamidades, hizo que fuéramos recogidos por el galeón *San Juan* de Martínez de Recalde, ¡el mejor navegante de la flota!, quien consiguió eludir los bajíos del archipiélago gracias a la claridad de la aurora boreal y salir a mar abierto. Aquello encendió una chispa de esperanza en la tripulación, que a esas alturas era una mezcolanza de supervivientes de diversas banderas. Por el camino nos encontramos con otros barcos que habían logrado acercarse a las costas de Galicia y Cantabria, como la nao *San Bartolomé*, la cual llevaba varias compañías del tercio de Sicilia, y la *Ragazzona*, capitana de la armada de levante, con soldados italianos y portugueses. ¡Teníais que verlos!, vomitados de la mar como Jonás de la

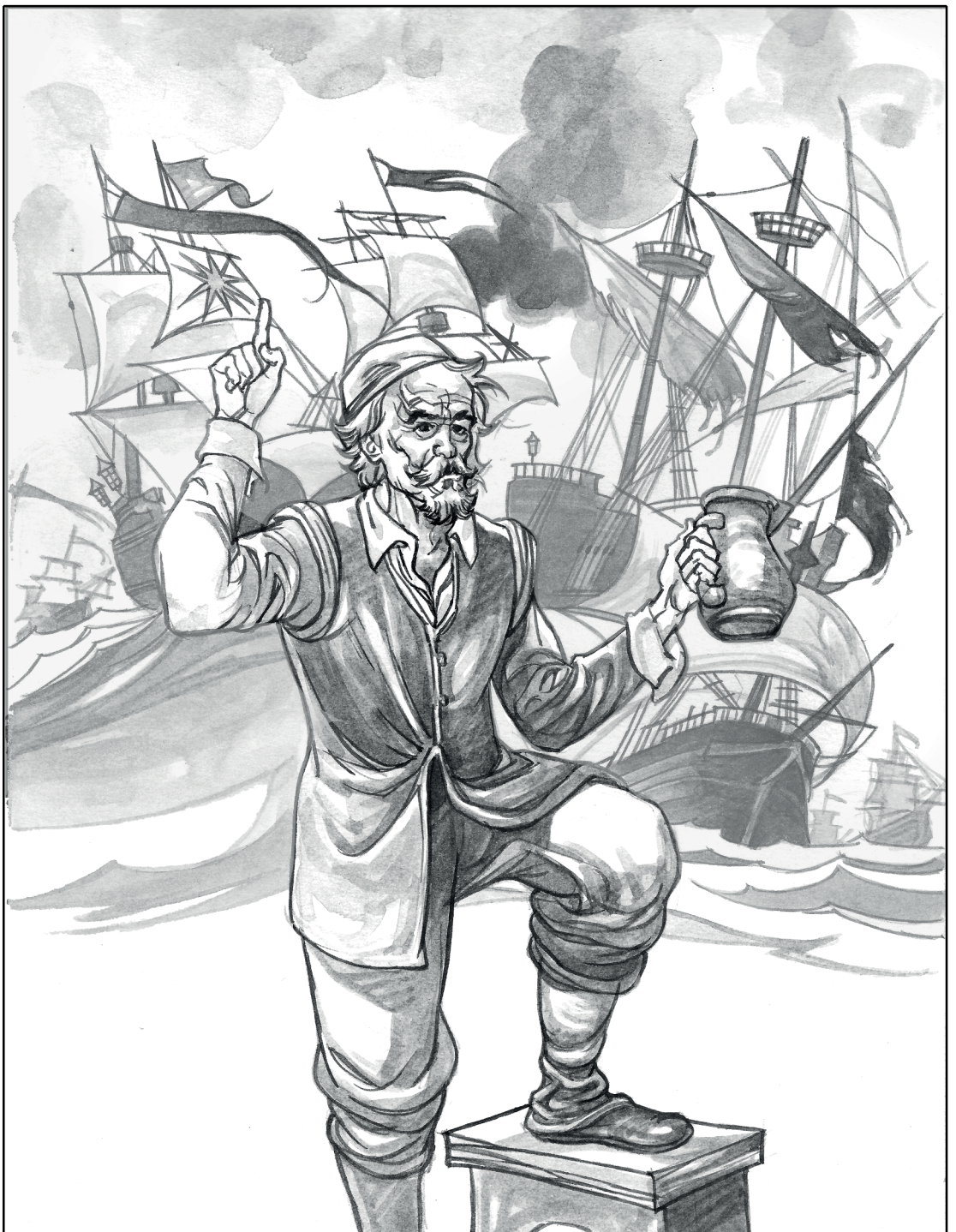
ballena, a fuerza de desgracias, parecían macilentos espectros flotando en sus ropajes coloridos y abultados. A mediados de octubre, después de cinco meses de terrible odisea, vislumbramos al fin el puerto de La Coruña, brillando como si fuera de cristal con el sol de la mañana. Una salva de artillería nos saludó desde el castillo como una trompeta salvadora. Volvimos vivos del infierno, es cierto, mas ninguno éramos ya el mismo hombre que cuando partimos.

Todos los presentes beben y asienten graves, maravillados y horrorizados a la vez.

—¿Y es verdad —pregunta el hidalgo Sebastián de Avilés mesándose las barbas— eso de que os encontrasteis con el navío de Francisco Draque, y que éste no quiso atacaros?

—Tan cierto como que ahora mismo vuesamerced me tiene delante—asegura Malvido, vaciando su vaso de un postrer trago y dejándolo en la mesa con un sonoro cubiletazo—. Veréis...

Y cuenta que, perdida la batalla y toda esperanza, con Sancho Arratia ya convertido en el oficial de mayor rango a bordo del *Sansón*, al haber muerto o desaparecido los demás, encontróse con el *Revenge* de Drake frente al golfo de Edimburgo, en la punta norte de las islas británicas. Al parecer ya se habían encontrado ambos capitanes en otra ocasión, en La Palma, cuando el caballero inglés se presentó con su armada para saquear las Canarias, pero ante la enconada defensa no pudo desembarcar y conoció la derrota. Así que allí, en la costa escocesa, de nuevo cara a cara, Francis Drake ondeó su bandera de ataque y Arratia, como respuesta, levantó la suya, la misma que había usado en La Palma, dispuesto a vender cara su piel. Mientras pudiera sostenerse en pie, clamaba, esos perros de agua no apresarían a ningún español para llevarlo a las mazmorras de Londres. Entonces ocurrió algo sorprendente, pues el corsario, pese a tener todas las de ganar, ordenó a su gente maniobrar y largarse de allí, sin disparar un cañonazo; y al



pasar cerca del *Sansón*, saludó con una reverencia al capitán Arratia, que estaba de pie en el castillete de popa, esperándole espada en mano. Unos opinan que a Drake lo movió la piedad; los más aseguran que reconoció la bandera española, y sabía que no capturaría ese barco sin pagar un alto precio, el cual ese día no estaba dispuesto a pagar.

Aquí termina la relación del viejo Malvido, ilustre marinero y poeta brigantino, gaitero y bebedor. ¡Cuán reales o fantasiosas serán sus historias! El Ciervo Rojo se vacía, se apagan las candelas y cada cual se recoge en su posada. Esa noche, todos los que han escuchado las hazañas y desventuras a bordo del *Sansón*, duermen pensando en lo mismo. ¡Quién sabe lo que hubiera pasado si se produjera tal combate! Quizás Arratia, abriéndose paso a mandobles entre los piratas británicos, hubiera llegado hasta Drake, cosido su cuerpo a estocadas y colgado su cadáver de la entena, cambiando el curso de la historia. Pero la Providencia, que todo lo dispone, no lo quiso así, ya que les tenía reservado un nuevo encuentro a los dos capitanes, un año después, ante los muros de La Coruña. Y si por culpa de una mujer, en cierto modo, se había escrito una página triste en la historia de España, por otra mujer estaba a punto de escribirse una gloriosa.